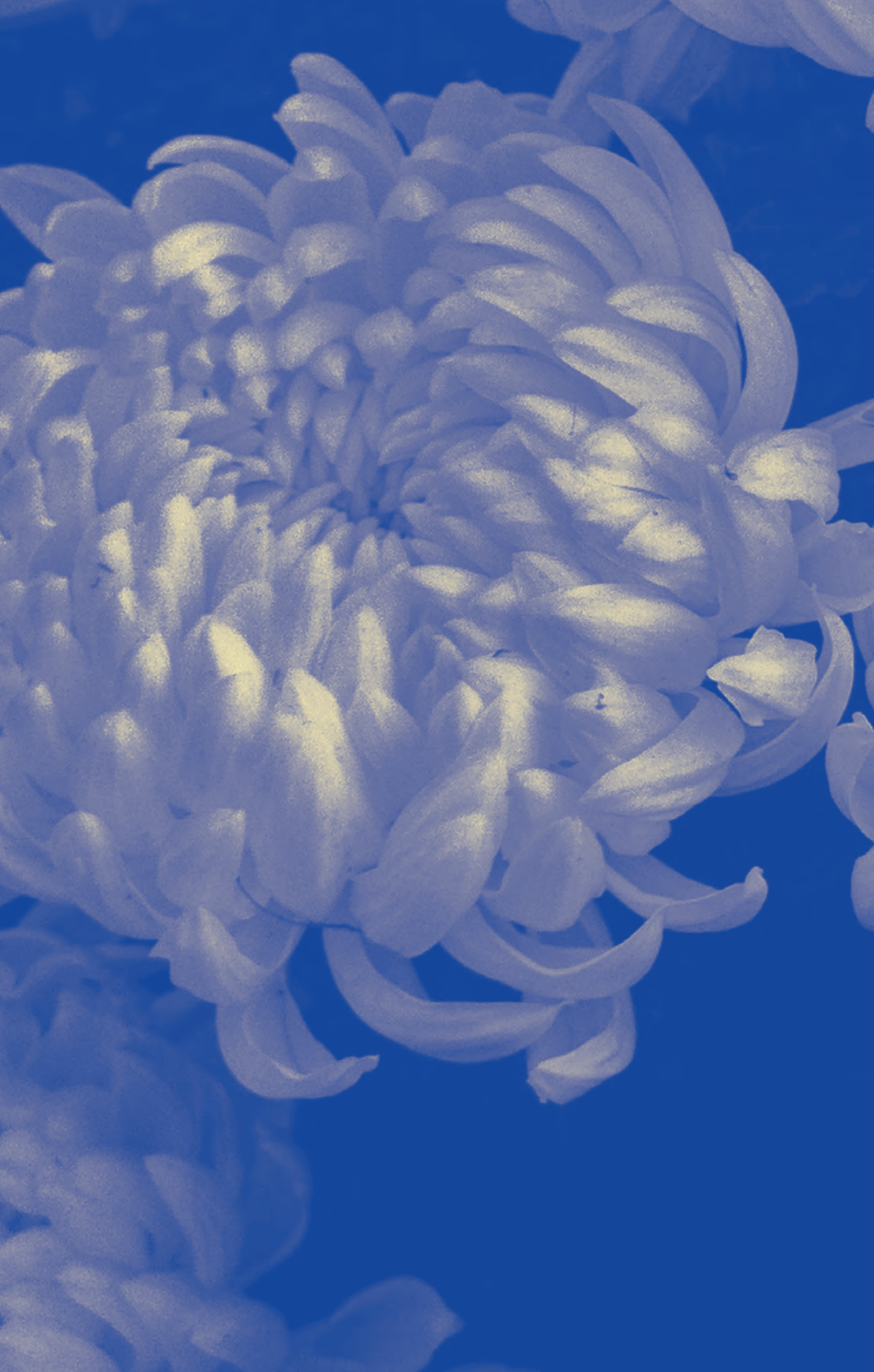
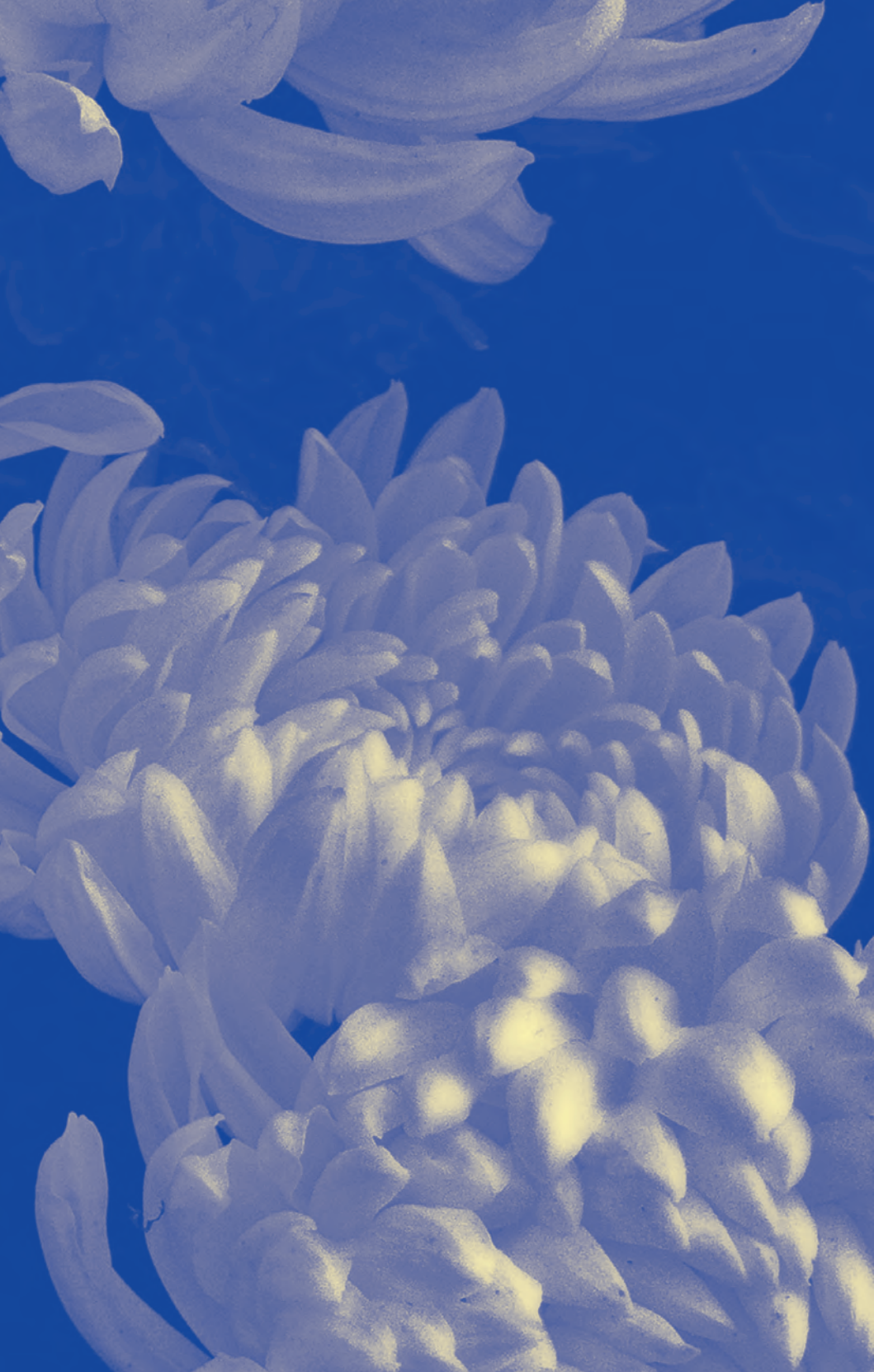


PETER Y ELIZABETH FENWICK
EL ARTE DE MORIR



ATALANTA







MEMORIA MUNDI

ATALANTA

93



PETER Y ELIZABETH FENWICK

EL ARTE DE MORIR

UN VIAJE A OTRA PARTE

TRADUCCIÓN
ROBERTO R. BRAVO



ATALANTA

2015

En cubierta y guardas: *Alegría*, Inka Martí, 2014.

Dirección y diseño: Jacobo Siruela.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Todos los derechos reservados.

Título original: *The Art of Dying. A Journey to Elsewhere*

© Peter Fenwick y Elizabeth Fenwick, 2008

*This translation is published by arrangement with
Bloomsbury Publishing Pic*

© De la traducción: Roberto R. Bravo

© EDICIONES ATALANTA, S. L.

Mas Pou. Vilaür 17483. Girona. España

Teléfono: 972 79 58 05 Fax: 972 79 58 34
atalantaweb.com

ISBN: 978-84-943030-7-4

Depósito Legal: Gi.-25-2015

ÍNDICE

I	
El inicio del viaje	
15	
II	
Hablando con los cuidadores	
35	
III	
Visiones en el momento de la muerte	
47	
IV	
Coincidencias en el momento de la muerte	
79	
V	
Visiones en el momento de la muerte: la búsqueda de explicaciones	
119	
VI	
La explicación de las coincidencias	
141	

VII
La aflicción por la pérdida y la alucinación
179

VIII
El reloj del abuelo y otros incidentes extraños
191

IX
Visiones de luz y niebla
219

X
La búsqueda del alma
247

XI
La última frontera:
el problema no resuelto de la consciencia
263

XII
La consciencia y la experiencia cercana
a la muerte
287

XIII
La buena muerte
301

XIV
El viaje al más allá: entendiéndonos con la muerte
329

Agradecimientos

345

Notas

347

Índice de ilustraciones

359

Índice onomástico y analítico

361

Para Gareth y Annabelle
Huw, Carwyn y Madoc
Jon y Natasha
Sebastian, Oliver, Benjamin
y Juliette
Tris y Kako
Cameron y Ryan
Allá nos vemos.

El arte de morir

I

El inicio del viaje

El lecho de muerte y los moribundos siempre han estado rodeados de mitos, y cada cultura ha tenido, a lo largo de la historia, sus propios heraldos de la muerte. El guerrero nórdico que veía a la hermosa valquiria en el campo de batalla sabía que estaba condenado a morir. Para los Habsburgo del Imperio austrohúngaro, los cuervos, así como una Dama Blanca que se aparecía a los miembros de la familia antes de la muerte, eran el presagio de la inminente fatalidad. Los caballos y los perros negros, como los «perros de Gabriel» que vagaban por el norte de Inglaterra, e incluso las mariposas negras, en las islas Filipinas, son presagios tradicionales de la muerte. En Cornualles, se dice que, cuando los mirlos vuelan en torno a una casa en la que hay alguien enfermo, hacen las veces de heraldos de la muerte. Los pájaros –la corneja, la lechuza, el mirlo, la cacatúa blanca y, en especial, los cuervos– son tan abundantes en el folclore mortuario que es difícil encontrar uno que no haya sido considerado augurio de la muerte en algún país o por algún grupo cultural. La atmósfera de

desolación y desasosiego del cuadro de Van Gogh *Campo de trigo con cuervos* ha sido interpretada con frecuencia como el aviso del propio suicidio del artista, en parte porque se pensaba que había sido su última obra y en parte por la bandada de cuervos negros que vuela hacia el espectador (o alejándose de él, ya que la dirección del vuelo es ambigua). Una interesante teoría, de no ser porque el *Campo de trigo con cuervos* no sólo no fue la última pintura de su autor, sino que todo apunta a que Van Gogh era tan amante de los cuervos como de todos los demás seres de la naturaleza, y nunca les asignó ningún significado simbólico.

Compañeros de viaje

Hay otro conjunto de tradiciones que se centra en lo que acontece después de la muerte, en la transición entre este mundo y lo que sea que haya después. Creencias que, de distintas maneras, se encuentran en casi cualquier cultura documentada a lo largo de la historia, e incluso hay indicios de que en la prehistoria se efectuaron entierros con un cierto sentido de la expectativa.¹ De hecho, es tan universal la idea de que *existe* algo después de la muerte que la reduccionista cultura científica occidental se halla prácticamente sola en su inamovible posición respecto al carácter definitivo de la muerte.

La mayoría de estas tradiciones tratan principalmente del viaje que debe emprender el difunto para alcanzar la etapa siguiente de su existencia. En algunas culturas, las apariciones que se le presentan al moribundo en su lecho de muerte—las llamadas visiones en el momento de la muerte—parecen tener el doble carácter de ser mensajeros de la muerte y guías para facilitar el paso seguro a la otra vida.

En muchas culturas nativas, eran los chamanes quienes actuaban como guías del difunto, al que acompañaban desde el país de los vivos hasta el de los muertos. En algunas tradiciones de África y de los indígenas americanos, en el momento de la muerte se aparece el cuervo para guiar al fallecido, mediante su aguda visión, en su viaje definitivo. En la mitología griega, ésta era una tarea propia de Hermes, el dios de los viajes y desplazamientos, que guiaba al alma desde esta vida hasta el Hades, el reino de los muertos. Los fuegos fatuos, llamados *corpse candles* [velas del cadáver] en el País de Gales y *fetch candles* [velas de búsqueda o recibimiento] en Irlanda y el norte de Inglaterra, y que, según se dice, rondan los tejados de las casas en las que hay alguien a punto de morir o aparecen sobre el cuerpo del moribundo, acuden para acompañar al alma del difunto y se apagan cuando ésta abandona la tierra.

En algunas tradiciones religiosas hay elaborados rituales con instrucciones para el alma en el momento de la muerte. El *Libro de los Muertos* y los textos hallados en los sarcófagos del antiguo Egipto ofrecen indicaciones detalladas para el viaje del alma a la otra vida. En la tradición del budismo tibetano son los monjes quienes guían las almas de las personas moribundas a través de la muerte hasta su próxima reencarnación. En el cristianismo, es el ángel de la guarda el que, según la tradición, conduce el alma al paraíso. En la tumba de san Francisco de Asís puede verse la imagen del santo en el momento de la muerte con los brazos extendidos hacia la hueste de ángeles que le dan la bienvenida; y en los funerales católicos todavía se canta el antiguo himno *In Paradisum*, que llama a los ángeles a acompañar al alma hasta los cielos.

Aún en nuestros días, en algunas zonas de Indonesia se considera una necesidad la celebración de funerales pró-

digos en complejos rituales basados en la creencia de que el alma permanece cercana a los vivos durante un tiempo tras el primer entierro, y de que sólo la celebración de los ritos apropiados por parte de la familia del difunto puede hacer que éste se dirija con éxito a la morada de los espíritus. En la isla indonesia de Sumba Oriental, cuando muere un noble se sacrifica un gallo y un caballo: el gallo para que el alma despierte y esté presta para el viaje, y el caballo para que la acompañe en su recorrido a la tierra de los muertos. El cuerpo del difunto, ricamente vestido, se coloca en cuclillas, con joyas y adornos de oro cubriéndole los ojos, la boca y el pecho. La práctica de enterrar alhajas con los muertos ha hecho que las tumbas hayan sido siempre un reclamo para los ladrones, principalmente las de la realeza y las familias adineradas. Las piezas de orfebrería más antiguas que se conocen, del 3000 a.C., se encontraron en las tumbas de la reina Zer y la reina Puabi de Ur, en Sumeria, y el conjunto de joyas y orfebrería más grande, y probablemente más conocido, del mundo se encontró en la tumba de Tutankamón, perteneciente al segundo milenio antes de Cristo. Pero, con la expansión del cristianismo por Europa, la gente fue abandonando la costumbre de enterrar a los difuntos con sus joyas, aunque se rumorea que en 2005 el papa Juan Pablo II fue enterrado con una pieza de oro bajo la lengua.

Históricamente, en Occidente las visiones en el momento de la muerte están fundamentadas en la creencia cristiana en la resurrección y en la idea de la comunión de los santos –esto es, la relación permanente de los muertos con el bienestar espiritual de los vivos–. Según los relatos cristianos del siglo III sobre la vida de la Virgen María, Cristo se le apareció para anunciarle que se aproximaba la hora de su muerte y para guiarla él mismo a la gloria, y

hay muchas otras historias según las cuales los primeros mártires y santos cristianos recibieron la visita de Cristo, de María o de otros santos para avisarlos de su muerte inminente y acompañarlos al cielo. Uno de los primeros relatos escritos de estas visiones es el del historiador inglés del siglo VIII Beda el Venerable, quien menciona a una monja que fue visitada en su lecho de muerte por un santo varón recientemente fallecido, para informarla de que moriría al amanecer, como en efecto sucedió. Textos medievales como el *Diálogo de los milagros*, del monje alemán del siglo XIII Cesáreo de Heisterbach, cuentan historias parecidas, pero siempre dentro de un marco teológico.

Fantasmas y apariciones

En el siglo XVII empezó a estudiarse seriamente el fenómeno de los fantasmas y las apariciones, y para el siglo XIX ya se distinguían y describían distintos tipos de apariciones. Se sugirió que, cuando a alguien vivo y en buen estado de salud se le aparecía una persona muerta –un fantasma–, era generalmente para informarle de algo; el fantasma del padre de Hamlet, por ejemplo, quiere hacer saber al hijo que ha sido vilmente asesinado. Pero la aparición vista por un moribundo tenía la intención más concreta de comunicarle la inminencia de su muerte y, por lo general, ayudarlo en su viaje a lo que hubiera más allá.

El primer estudio sobre estas apariciones lo realizaron a finales del siglo XIX los investigadores psíquicos Gurney, Myers y Podmore. Su libro *Phantasms of the Living* [Fantasmas de los vivos], publicado por primera vez en 1886, es una fascinante colección de raras experiencias que incluye relatos sobre personas fallecidas que se les aparecie-

ron a personas vivas y en perfecto estado de salud. Encuentro particularmente interesante la historia del general Alfred Fytch, quien, estando en la India, una mañana se encontró al levantarse de la cama con un viejo amigo; el general supuso que éste había decidido hacerle una visita por sorpresa. Lo saludó afectuosamente y le dijo que fuese al porche a pedir una taza de té y lo esperase allí. Cuando fue a reunirse con su amigo, ya no estaba. Resultó que nadie en la casa se había percatado de su presencia. Dos semanas después, recibió la noticia de que su amigo había muerto a casi mil kilómetros de distancia precisamente en el momento en que él lo había visto.³

Pero no fue hasta la década de 1920 cuando estas extrañas apariciones suscitaron el interés de la ciencia. El primer intento de llevar a cabo un estudio científico sistemático se debe a sir William Barrett, profesor de física del Real Colegio de Ciencia de Dublín. El interés de sir William por el tema surgió a raíz de una experiencia vivida por su esposa, que era obstetra. Lady Barrett había acudido al quirófano para asistir al parto de una mujer llamada Doris (su apellido se omitió en el informe). La niña nació sana, pero la madre murió a causa de una hemorragia. Lady Barrett describe cómo la mujer empezó a tener visiones mientras agonizaba en la sala de partos:

De repente miró ansiosa hacia una parte de la habitación, con una radiante sonrisa iluminándole el semblante. Entonces dijo: «¡Oh, qué hermoso!...». Al preguntarle qué estaba viendo, contestó: «Una hermosa luz, unos seres maravillosos». Y un momento más tarde exclamó: «¡Pero si es mi padre! ¡Oh!, y está tan contento, tan feliz de recibirme... Sería estupendo que W. [su esposo] pudiera venir también».

Lady Barrett relata cómo Doris siguió hablando con su padre: «Ya voy...», dijo, y, volviéndose de nuevo hacia ella, añadió: «Oh, está tan cerca...». Y entonces, como sorprendida, terminó diciendo: «Y Vida lo acompaña; Vida está con él».

Fue este último comentario el que motivó que sir William se tomara en serio la historia. Vida era la hermana de Doris; ambas habían estado muy unidas, y aunque Vida había muerto tres semanas antes, Doris no había sido informada debido a su delicado estado de salud. El hecho de que Doris hubiera visto a su hermana en ese «otro lugar» en compañía de su difunto padre, cuando, hasta donde ella sabía, su hermana vivía y se encontraba en buen estado, convenció a sir William de que no podía considerar el incidente como algo sin importancia.

Por el contrario, le impresionó de tal manera que empezó a recabar experiencias similares. En su libro *Visiones en el momento de la muerte*, publicado en 1926, concluía que tales experiencias no eran simplemente una elucubración del cerebro moribundo, ya que en ocasiones se producían cuando el paciente se encontraba lúcido y en pleno uso de razón. En el libro informaba también de otros casos en los que el personal médico o los parientes que se hallaban presentes habían compartido la visión del paciente.³

El primer estudio objetivo y exhaustivo sobre estas visiones fue el realizado por Karlis Osis y Erlendur Haraldsson.⁴ Osis envió en 1961 una encuesta a 5.000 médicos y 5.000 enfermeras sobre las alucinaciones observadas en los pacientes terminales bajo su cuidado. Al analizar las 640 respuestas recibidas, clasificó estas alucinaciones en dos clases: visiones no humanas, de la naturaleza o de paisajes, y apariciones de personas, generalmente parientes o

amigos fallecidos que acudían a ayudar al moribundo en su transición a la otra vida.

Osis realizó otras dos encuestas junto con el profesor Erlendur Haraldsson, una en Estados Unidos entre 1961 y 1964, y otra en la India entre 1972 y 1973. Uno de sus hallazgos más interesantes fue el evidente sesgo cultural de los «compañeros de viaje» que aparecían en esas visiones. En la encuesta realizada en Estados Unidos, las apariciones más comunes fueron de parientes y amigos fallecidos, mientras que las figuras de guías religiosos eran mucho menos frecuentes; sin embargo, en las experiencias registradas en la India sucedía todo lo contrario: los guías más habituales que acudían para acompañar al moribundo eran figuras religiosas, como el *yamdoot* –el mensajero enviado por el dios de la muerte–, mientras que las apariciones de familiares o amigos fallecidos eran mucho menos frecuentes.

Resulta, pues, evidente que cualquiera que sea el significado o el objeto de esas visiones, contienen componentes culturales. En las visiones registradas en Occidente parece haberse producido un notable cambio desde los primeros relatos del cristianismo, cuando la aparición más común en el lecho de muerte era la de Cristo o la Virgen María, o por lo menos la de algún santo varón, hasta las referencias de los siglos XIX y XX, cuando los visitantes a la hora de la muerte suelen ser, con mucha más probabilidad, familiares o amigos ya fallecidos. Sea como fuere, independientemente de la naturaleza del visitante, estas visiones constituyen una experiencia muy reconfortante para la persona a punto de morir.

Explorando la experiencia final

Mi interés en estas experiencias del final de la vida (EFV)* lo suscitó la descripción que me envió Pauline Drew de la muerte de su madre:

De repente miró a la ventana y pareció observar algo con gran intensidad... Entonces se volvió hacia mí diciéndome: «Pauline, nunca tengas miedo a morir. Acabo de ver una hermosa luz hacia la que me dirigía... Quise entrar allí. Había una paz tan grande que tuve que hacer un esfuerzo para regresar». Al día siguiente, cuando ya era hora de irme a casa, le dije: «Hasta luego, mamá, nos vemos mañana». Ella me miró fijamente y me contestó: «No me preocupa lo que pase mañana, y tú tampoco debes preocuparte. Prométemelo». Por desgracia, murió a la mañana siguiente... Pero yo sabía que ese día había visto algo que le transmitió paz y seguridad, en el mismo momento en que supo que sólo le quedaban unas pocas horas de vida.

Hacía años que me interesaban las experiencias cercanas a la muerte y, junto con el doctor Sam Parnia, había estado estudiando las que se producían en las unidades de cuidados coronarios y eran referidas por pacientes que habían sufrido un paro cardíaco.⁵ Descubrimos, al igual que otros investigadores,⁶ que alrededor de un 10 por ciento de los pacientes que se recuperan de un paro cardíaco dicen haber tenido una experiencia cercana a la muerte. Dado que esos pacientes estaban clínicamente muertos en el momento en cuestión, nos pareció más apropiado lla-

* La abreviatura habitualmente empleada es ELE, siglas en inglés de *end-of-life experience*. No obstante, para mayor facilidad de lectura adoptaremos las siglas en español. (*N. del T.*)

marlas experiencias «de muerte real» en lugar de experiencias «cercanas» a la muerte. Tales experiencias de muerte real (EMR)* presentan las mismas características que las experiencias cercanas a la muerte (ECM),** a saber, la entrada en la luz, hacia un espacio que en general parece un maravilloso jardín, y el encuentro con familiares fallecidos que dan la bienvenida al recién llegado y en ocasiones lo envían de vuelta; pero lo que más llama la atención y resulta más memorable para la persona es la calma y paz que siente y, en los casos de experiencias más intensas, la inmensa compasión, amor y luminosidad que percibe a su alrededor. Se trata de una vivencia que la reconforta y le transmite seguridad y una sensación de compañía y apoyo, junto con la certeza de saber que si se queda con sus familiares habrá muerto y ya no regresará.

Aquella descripción me intrigó; en primer lugar, porque contenía muchos elementos de las experiencias cercanas a la muerte: la luz, la sensación de paz, la idea de que la madre de Pauline había tenido la oportunidad de vislumbrar otra realidad en la que de buena gana habría deseado quedarse, así como la desaparición de cualquier temor a la muerte; y, en segundo lugar, por la impresión de que la madre de Pauline había regresado de esa experiencia sabiendo de algún modo que moriría al día siguiente. Esto me hizo pensar que quizá no deberíamos considerar tales experiencias de forma aislada, como algo que ocurre sólo cuando la vida está a punto de extinguirse, sino como parte de un proceso continuo, esto es, un proceso único, el

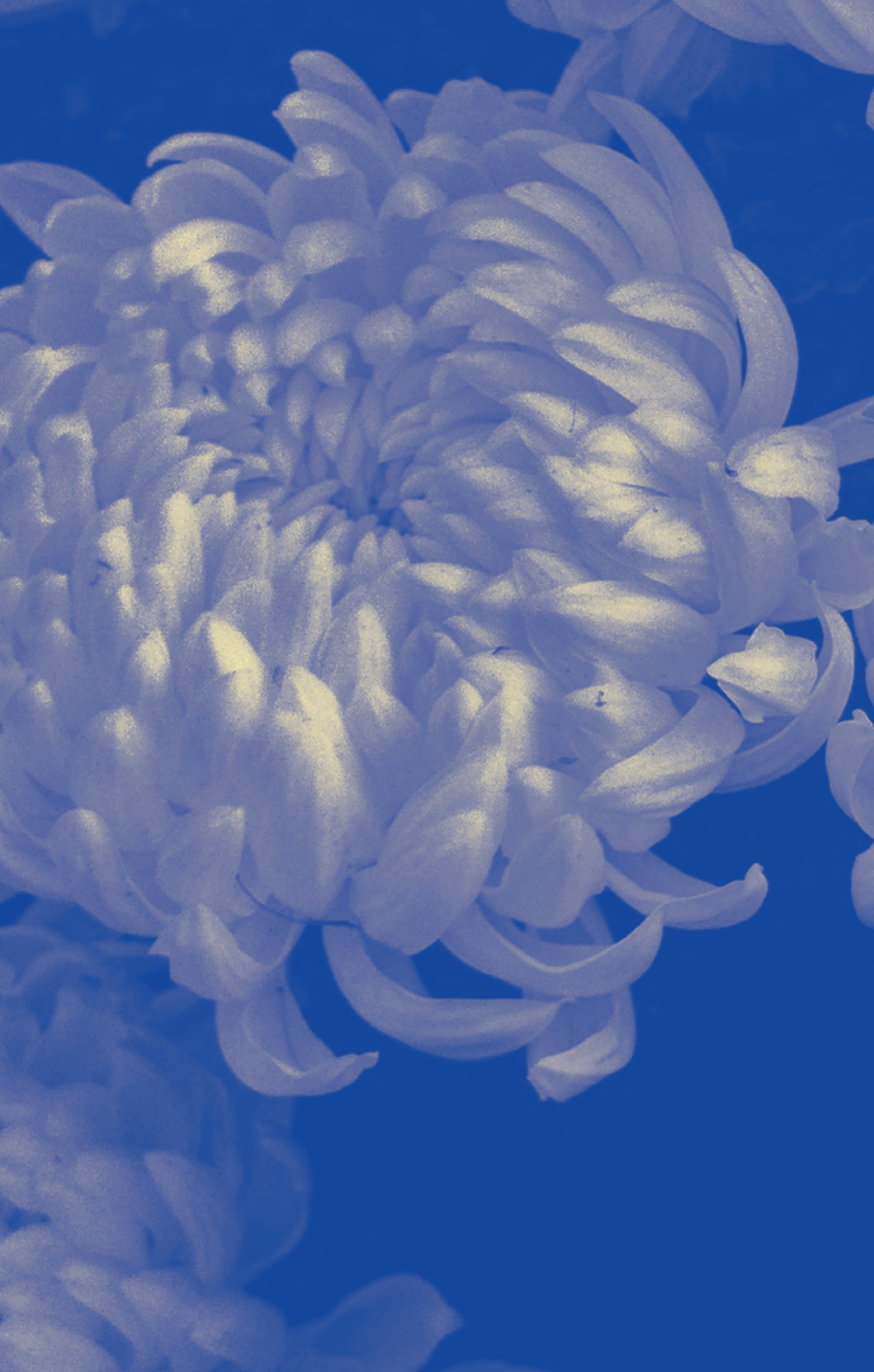
* La abreviatura propuesta por los autores es ADE, que en inglés corresponde a *actual death experience*. (N. del T.)

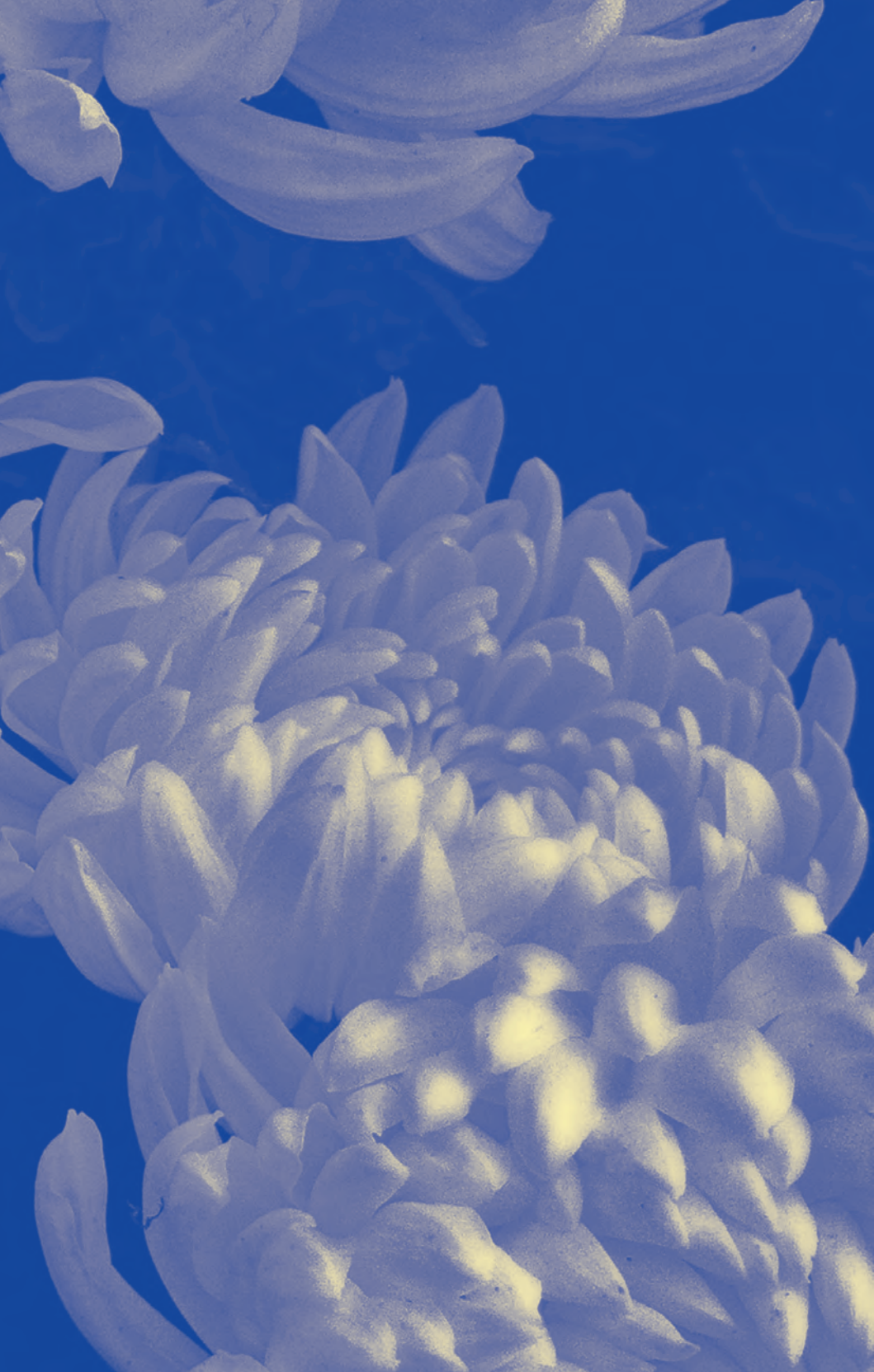
** A diferencia de las anteriores, el uso de estas siglas es ya común en la literatura médica, psicológica y parapsicológica en español (en inglés NDE, *near-death experience*). (N. del T.)

proceso de morir, una parte del cual puede consistir en su preparación, que se iniciaría unas horas o incluso unos días antes de la muerte.

Así pues, empecé a examinar estas experiencias con mayor seriedad. La oportunidad de reunir más datos al respecto me llegó cuando respondí a una entrevista sobre las experiencias del final de la vida que concedí a un periódico escocés. La reacción del público me confirmó que los fenómenos en el momento de la muerte son más comunes y más variados de lo que yo había pensado. Especialmente convincente era la experiencia siguiente, acontecida hacía ya muchos años, pero que había dejado una impresión profunda y duradera en el hombre que nos la relató.

Sería el año 1950 cuando un pariente lejano fue ingresado en el hospital de Inverness. Era domingo, y mi padre había salido para visitar a John, cuando le dijeron que había muerto esa misma mañana, a una cierta hora. Las autoridades del hospital le preguntaron a mi padre si le importaría dar la noticia a sus familiares más cercanos, la hermana del fallecido, Kate, y su esposo, que eran criadores de ovejas en una región relativamente remota de Easter Ross, para así evitar tener que darles la información por teléfono. Yo acompañé a mi padre, que condujo el coche durante unos treinta kilómetros o así antes de tomar la carretera que ascendía por la colina donde estaba la granja, y allí nos encontramos con Kate, que al vernos nos dijo: «Sé por qué habéis venido. Lo oí llamándome, “Kate, Kate”, en el momento de su muerte». Parecía muy segura de ello, y hasta nos dijo la hora de su muerte, que coincidía exactamente con la registrada en el hospital. Fue una experiencia tan sorprendente que no he podido olvidarla, ni la olvidaré nunca. Yo tendría entonces unos diecisiete años.





Memoria mundi

La muerte es el gran tabú de nuestra cultura, el gran fracaso de la civilización moderna. Los progresos en medicina nos han permitido prolongar la vida pero no nos han enseñado nada acerca de cómo morir. El enigma de la muerte sigue sin respuesta y necesitamos un nuevo *Ars Moriendi* para el siglo XXI.

Al igual que *Consciencia más allá de la vida*, de Pim Van Lommel (Atalanta, n.º 64), este libro de Peter y Elizabeth Fenwick aporta una rica y fundada documentación sobre el fenómeno del morir: visiones de los moribundos, que a menudo reciben «visitas» de familiares o amigos ya fallecidos, sueños premonitorios o clarividentes, contactos telepáticos, coincidencias sincrónicas que aparentemente no guardan relación, o las experiencias que tienen algunos enfermos mientras están clínicamente muertos; en suma, un variado conjunto de vivencias que sugieren que el ser humano no es una criatura unidimensional y que la anticuada visión mecanicista del siglo XIX que aún rige entre nosotros resulta enormemente restrictiva al considerar los estados ampliados de la mente como científicamente irrelevantes.

Sin embargo, lejos de ser provocados por la patología o los medicamentos, estos fenómenos psicológicos subjetivos del fin de la vida individual forman parte de un proceso interno estructurado, cuyo carácter «espiritual» está lleno de sentido para la persona que lo experimenta. Este libro abre un nuevo campo especulativo a todos estos fenómenos psíquicos para encontrar un significado diferente a la muerte, que nos haga perder el miedo a morir y recobrar por ello la libertad de vivir.

Peter Fenwick, neuropsiquiatra y neurofisiólogo, miembro del Royal College of Psychiatrists de Inglaterra, es conocido internacionalmente por sus estudios sobre la epilepsia y por sus pioneras investigaciones de las experiencias cercanas a la muerte.

Elizabeth Fenwick es autora de varios libros sobre salud, problemas familiares, embarazos y cuidados infantiles. Asimismo, se ha dedicado durante años a la asistencia psicológica de enfermos terminales.

